

# LOS CABALLOS DE MI VIDA: TALIBÁN

MARIA SOLEDAD BIRRELL RODRIGUEZ



# Capítulo 1

## ***CABALLOS DE MI VIDA: Talibán***

Algunos seres de luz llegan en la forma de niños especiales y otros toman la silueta de un caballo.

Contar la historia del Talibán es una deuda pendiente, principalmente conmigo misma, pero estoy segura de que otros se sumarían a mi homenaje, porque el Talibán ha tocado la vida y el alma de muchas personas.

Mi vida se cruzó con la suya fruto de un desafío ecuestre. De no haber sido por dicho desafío, jamás habría puesto mis ojos sobre un caballo corralero porque los encontraba muy pequeños. Yo prefería las razas grandes y más poderosas.

El objetivo del proyecto era demostrar que los caballos criollos chilenos eran aptos para la equitación clásica infantil, y así abrir un mercado para dicha raza en Europa y en EEUU.

Me propuse encontrar y amansar un par de caballos de alrededor de tres años y medio, que nunca hubiesen recibido entrenamiento, ojalá no hubiesen sido tocados ni manipulados y ni siquiera supiesen cabestrear. Un par de caballos corraleros inscritos, pero salvajes en cuestión de su crianza. El asunto parecía improbable, considerando que los caballos corraleros son un bienpreciado y sus dueños los cuidan y miman desde potrillos.

A poco de comenzar con mi búsqueda, supe de un piño que cumplía con estas características. Pertenecían a un criadero que había optado por mantener a sus caballos en libertad. Lo que en un principio parecía imposible, se hizo realidad en esta manada de más de un centenar de corraleros inscritos (pero salvajes) deambulando libres por los cerros de un campo en Melipilla, cerca de Santiago (Chile).

Me presenté donde el dueño y le propuse que me vendiera dos ejemplares. Acordamos las características que buscaba y un precio. Lo que vendría después no estaba en mis cálculos, pero seguramente era parte de las pruebas que me tenía destinadas el Talibán antes de aceptar convertirse en mi caballo y en mi compañero de vida.

### *DEL CERRO A UNA PESEBRERA...*

Convenimos encontrarnos una mañana temprano en su campo en Melipilla. Pasé la noche en la casa de unos amigos y antes de las 8 llegué a las bodegas, tras las cuales estaba el corral donde habían encerrado a

los caballos. La tarde anterior los habían bajado del cerro. La polvareda que subía hacia el cielo se divisaba desde el camino y no era difícil imaginar lo que me esperaba.

-Este es el grupo de caballos entre 2 y 5 años, me dijo el capataz que me recibió puntualmente a la entrada del fundo. Lo otro que pidió, que tuvieran un perfil plano, bueno eso va a tener que verlo usted, porque como notará no es fácil identificar esa característica en estas condiciones. Además, las bestias no se han pillado más que para marcarlos y castrarlos y no admiten cercanía de los trabajadores.

-Es justo lo que quiero, le dije para tranquilizarlo. Supongo que el hombre sentía curiosidad por ver cómo me las iba a arreglar para elegir dos caballos en medio de un centenar de animales nerviosos y empolvados, y más tarde, cuál sería mi plan para ponerles una jáquima, subirlos a un camión y llevármelos a Santiago. Me miraba de reojo, sonriendo. En el mundo del campo chileno, los caballos son cosa de hombres. Tal vez no creía que fuera a lograrlo, pero supo disimularlo y cooperó en todo lo que fue necesario.

Comenzó una larga mañana donde fueron dejando salir un caballo por vez, a través de una manga que terminaba en un corral redondo de menor tamaño, al alero del cual me había instalado para tomar mi decisión. En la primera pasada descarté varios por edad y porque su cabeza acarnerada era evidentemente prominente. El perfil recto es un reflejo de buena cabeza en un caballo, y por lo tanto era una característica que no podía transar. Después de la segunda pasada, el grupo se había reducido a unos 15 caballos, pero la nube de tierra era tan espesa que ya casi no distinguía nada. El capataz se ofreció a ayudarme.

Primero apareció un caballo negro de perfil plano.

-Ése podría ser, le dije.

El dueño se había incorporado a nuestra improvisada oficina y mantenía en sus manos el registro oficial de los caballos.

-¿Cuál es ése?, preguntó. -El Barbecho, patrón, le gritaron desde el fondo.

Me sorprendió que a pesar de que los caballos se manejaban en libertad, pudieran reconocerlos por su nombre. Revisó la línea de sangre y me nombró a los padres, pero la verdad es que no tengo conocimientos al respecto, de modo que esa información no era algo revelador ni me añadía nada a la hora de seleccionar a los caballos.

-Es zarco de los dos ojos, dijo, y el estómago se me apretó un poco. Mis años en el campo me habían dejado la memoria plagada de dichos y

creencias, y una de ellas era que los caballos zarcos no son de fiar y mucho menos con niños. Lamentablemente, la historia le daría razón a la sabiduría popular.

Después pasaron varios caballos más hasta que hizo su entrada triunfal el Talibán. Llegó haciendo cabriolas y con claros aires de mando. Se detuvo frente a nosotros desafiante, moviendo la cabeza arriba y abajo apuntando hacia nuestro refugio, por unos segundos, antes de emprender una alocada carrera alrededor del corral que nos dejó completamente cubiertos de polvo. También puede ser, dije considerando que su detención me había permitido analizar su cabeza con mucho más detalle que los otros ejemplares. Tenía el perfil completamente plano y aquella era la principal característica que andaba buscando por ahora.

-¿Nombre?, gritó el dueño. -Ése es el Talibán, patrón. Ahh, fue su respuesta. Repasó los papeles y me comentó que era medio hermano del Barbecho, por el lado del padre, pero no hizo otro comentario.

Así, después de unas tres horas, y considerando que el tierral y la paciencia de los otros se agotaba, consideré poco prudente pedir otra pasada y resolví elegir al Barbecho y al Talibán. Mi decisión causó una ola de comentarios entre los trabajadores, que, aunque no escuché en las palabras, percibí en los gestos. Luego me confesarían que pensaron que aquello era una farsa, que yo no entendía nada de caballos si había elegido esos caballos, en particular al Talibán, pero en ese momento no me dijeron nada.

-Bien, dijo el dueño, asunto resuelto. Ahora vamos a almorzar que me muero de hambre. ¿Cuándo los vienes a buscar? -En una semana puedo mandar al camión. -Hecho entonces, en la semana pasas por mi oficina en Santiago, firmamos los papeles y hacemos la transferencia para que todo quede en orden.

Durante el almuerzo le manifesté mi interés por tener un encuentro con los caballos en la tarde, para poder ponerles la jáquima y enseñarles a cabestrear. Me miró risueño.

-No pretendo ofenderte ni poner en duda tus habilidades, pero ¿cómo pretendes hacer todo eso en un rato con caballos que no tienen manejo previo y en particular con el Talibán? Porque tengo que decirte, ya que aún estás a tiempo de cambiar de opinión, que es un demonio. Es el líder de la manada, es muy chúcaro, se resiste a todo tipo de conducción y los trabajadores piensan que no va a ser posible amansarlo nunca. Creen que se va a matar cualquier día en un accidente, desbarrancado.

Me considero alguien prudente y hasta temerosa, pero la mañana recién vivida y el cruce de miradas que había tenido con el caballo me habían

causado curiosidad.

-Veamos qué pasa, le dije, pero el método que voy a usar no falla y en general los caballos se entregan rápido. En todo caso, prefiero a los caballos que se muestran abiertamente desde el principio, mira que como dice el dicho, *de las aguas mansas líbreme Dios que de las turbulentas me libro yo*.

Tal vez fue mi ego que se expresó en aquella comida, pero de una u otra forma, ese mediodía hice un compromiso conmigo misma y con el caballo, sin medir ninguna consecuencia ni peligro.

La tarde nos deparaba una sorpresa. Los trabajadores habían soltado a los caballos en un potrero grande y entre ellos estaban mis dos ejemplares. Pensaron que era mejor mantenerlos en el piño hasta que los viniera a buscar, porque una semana era mucho tiempo para tenerlos solos.

Después de una rápida evaluación del espacio y sus potenciales problemas, tomé la decisión de esperar hasta la mañana siguiente para intentar pillar a los caballos y ponerles la jáquima por primera vez. En lugar de eso, dediqué toda la tarde a construir un improvisado corral redondo, de unos 14 metros de diámetro, hecho con varas de eucaliptus que cortamos y entrelazamos con ayuda de varios trabajadores, hasta dejar unas paredes vegetales de aproximadamente un metro. Cansada, satisfecha y expectante, volví a la casa de mis amigos y después de una reponedora sopa y de una cariñosa conversación, me fui a la cama y me dormí enseguida.

Temprano me presenté en el potrero con un plan y la determinación de llevarlo a cabo en el menor tiempo posible. Utilizaría la técnica de saciar el espacio de la manada para que me dejaran acercarme, luego separaría a los dos caballos y los movilizaría hasta meterlos dentro del corral redondo. Una vez dentro, haría los ejercicios básicos de liderazgo y esperaba poder lograr mi objetivo de ponerles la jáquima sin muchas dificultades.

La manada no pareció alterarse con mi presencia. Pude llegar a pocos metros de donde permanecían pastando, sin que me lo impidieran ni me pusieran dificultades. Identifiqué al Barbecho con facilidad, gracias a sus dos ojos azules que resaltaban desde la distancia. Más tarde sería conocido como el *Paul Newman* entre los huasos de la medialuna donde terminó viviendo.

El talibán se mantenía unos metros apartado de la manada y seguía cada uno de mis movimientos con la cabeza alta, los ollares dilatados y las orejas moviéndose con rapidez. Reinaba un silencio expectante y pude escuchar con claridad una suerte de ronquido que provenía desde donde permanecía el caballo, pero pensé que era otra cosa. Nunca había

escuchado a un caballo roncar de esa manera...

Después de unas carreras para aquí y para allá, logré separar al Barbecho y lo hice entrar al corral redondo. Apartado del grupo, y frente a mi actitud que no era amenazante, el caballo se entregó en poco tiempo, me dejó tocarlo y ponerle la jáquima y salió cabestreando tranquilo. Lo llevaron a la bodega.

Ahora sólo tenía que repetir la misma estrategia con el Talibán y estaría lista para volver a mi casa a Santiago.

El caballo leyó mis intenciones a la distancia. Movilizó al piño completo con un par de movimientos de orejas y pronto tenía una manada compacta galopando por el potrero. Después de intentar un par de veces apartarlo de su grupo, cansada y transpirando, me detuve a evaluar mi plan. Los trabajadores del campo observaban mis movimientos con menos escepticismo que el día anterior. Comprendieron que sola no lo iba a lograr y se sumaron gustosos a esta odisea en la que me había embarcado.

Nos distribuimos por el espacio y poco a poco fuimos acercando al grupo a la entrada del corral que era nuestro objetivo. Después de un buen rato lo logramos, teníamos al Talibán al interior del espacio cercado. Corría pegado al borde, provocando una verdadera tormenta de tierra que hacía difícil la visión. Me sentía feliz y satisfecha.

Entré y crucé unas varas para evitar que saliera. Estaba por comenzar a realizar el trabajo de liderazgo cuando el caballo se detuvo frente a mí, me miró directo a los ojos, sin un atisbo de temor, casi diría que sonreía. Y cuando me disponía a cerrarle el paso para empezar a saciar su espacio, el caballo tomó impulso y saltó por encima del muro de eucalipto como si se tratara de un pequeño tronco atravesado en su camino. Voló por el aire y siguió su carrera hasta reunirse con su manada que permanecía expectante, a la distancia. Se giró hacia donde estábamos el grupo humano, nos miró unos segundos y luego se alejó caminando tranquilamente.

-Vaya con el caballo, dijo uno de los trabajadores, si le digo patrona que es un demonio. Mejor yo que usted lo cambio por otro, que este animal es indomable, la va a matar.

-Mmm, puede ser, pero no podemos darnos por vencidos a la primera dificultad. Además, lo que acaba de hacer no hace más que confirmarme que es el candidato ideal. Estos caballos van a ser caballos de salto para niños, para eso los vamos a entrenar, y éste mostró tener habilidades naturales extraordinarias.

Los comentarios de los trabajadores se multiplicaron en un gran murmullo que yo no alcancé a escuchar, pero supongo que el espectáculo valía la pena y era mejor que lo que fuera que tenían que hacer aquella mañana.

Entre todos decidimos que lo mejor sería subir la altura de las paredes y nos pusimos a cortar varas de eucalipto. Nos llevó un rato, pero finalmente conseguimos que el corral estuviera rodeado por un muro verde de metro y medio.

-Si salta esto, es que es un portento. Ahora vamos de nuevo a tratar de traerlo hacia acá.

El caballo parecía divertido con nuestra insistencia. Repetimos la estrategia que nos había resultado la primera vez y acercamos la manada hacia la entrada del corral. Después de varios intentos fallidos, logramos que el Talibán entrara al lugar. Se veía más ansioso. La altura pareció estresarlo. Ingresé en el corral y cerramos la entrada con varas cruzadas. Esta vez no tuve tiempo de nada, porque el caballo tomó impulso y se dirigió al galope hacia la valla. Derribó una parte del cercado, pero logró su objetivo. Antes de que alcanzáramos a reaccionar, estaba otra vez junto a su manada.

Nos reunimos bajo la sombra de un peumo. Nadie decía nada. Esperaban a ver qué reacción tendría yo en esta situación.

Estaba frustrada. No esperaba tanta oposición por parte del caballo. Las voces de alerta se multiplicaban en mi interior. Qué cabeza dura que eres. Por qué no haces caso y cambias al Talibán por otro caballo más dócil. Después de todo lo van a montar niños y éste no es un caballo de niños, y por lo que se ve no vas a poder pillarlo de todas formas. Los pensamientos se agolpaban para llenarme la cabeza de ruido y de miedo.

Pero algo en mi interior, más débil y menos potente, pero que también provenía de alguna parte de mi alma, me decía que no abandonara, que este caballo era importante.

Respiré hondo, tomé una botella entera de agua y me limpié la cara.

-Bien, tengo una idea, anuncié ante la sorpresa del grupo que ya comenzaba a cansarse de correr por el potrero detrás de un grupo de caballos, que por lo demás habían aprendido a esquivarnos cada vez con mayor precisión.

-En lugar de traerlo para el corral, que además está inservible, les propongo que lo hagamos entrar a una de las mangas para ganado que tienen allá al fondo, dije dirigiendo mi mirada al lugar. Si conseguimos que entre, le pondremos la jáquima y yo le pondré una cuerda especial

que tengo y lo ataremos al poste.

En la mañana les había explicado que el método que usaba no incluía violencia y que buscaba la cooperación del caballo. Mi reciente anuncio parecía desmentir completamente mi declaración de principios, pero seguramente les resultó más conocido y más acorde con sus métodos de amansa, de modo que se sumaron gustosos al desafío.

No diré que fue fácil, pero en algún momento después de mucha tierra tragada, el Talibán entró a la manga y cuando llegó al final de esta, alguien puso una traba que lo inmovilizó. Con ayuda de un par de hombres, le pusimos la jáquima y le colocamos una cuerda alrededor de la cincha. El caballo pareció tranquilizarse. Mientras terminábamos de asegurar bien los aperos, comprobé que el poste que había en un picadero colindante fuera firme y resistiera lo que estaba por ocurrir.

Finalmente pasé la cuerda por la argolla de la jáquima y pedí que quitaran la vara que inmovilizaba al caballo. La cuerda que sostenía en las manos era larga y de un material muy resistente.

Los ojos del Talibán mostraban la parte blanca y los ollares dejaban salir pequeños huracanes. Y se escuchó alto y fuerte un ronquido intimidante. Todos esperaban en silencio. Mi corazón latía con fuerza y me encomendé a San Francisco para que todo saliera bien.

El caballo sintió la libertad al final de la cola y comenzó a retroceder lentamente, midiendo cada paso, sin luchar ni intentar liberarse de lo que fuera que se le ajustaba al lomo. Yo esperaba a la entrada, con las piernas en posición de resistir el tirón que sabía que vendría en cuanto el caballo saliera de la manga. Me había puesto guantes para protegerme de la posible quemada y sólo cabía esperar a ver qué pasaba.

El caballo terminó de retroceder y se detuvo, justo cuando la totalidad de su cuerpo estaba fuera de túnel de tablas que lo había tenido prisionero. Entonces, sin aviso, saltó hacia adelante y comenzó la carrera más loca en la que me he visto involucrada en mi vida. El tirón llegó, sin duda, pero la fuerza de este superó con creces mi inocente posición y salí disparada por los aires detrás del caballo. La cuerda no la solté y no estaba dispuesta a soltarla por ningún motivo. Fue todo muy rápido, pero pronto me encontré intentando mantenerme en pie, corriendo detrás de él, a ratos arrastrada por el suelo.

-iiiSuelte la cuerda!!!, me gritaban desde lejos, pero yo no pretendía perder esta oportunidad que podía ser la última.

Agradezco la lucidez e intuición de los que estaban allí conmigo, porque entendiendo que yo no iba a dejar ir la cuerda, fueron guiando al caballo hacia el picadero donde estaba el poste. No recuerdo en detalle cómo fue

que lo logramos, pero en algún momento el caballo entró al recinto y entre todos pudimos atar la cuerda al poste. Una vez logrado el primer objetivo, hice los ajustes de distancia entre la cabeza del caballo y el palo donde habíamos atado la cuerda, y me alejé. La cuerda era regalo de mi entrenador y mentor, Stan Allen, como parte de mi diploma de certificación y de mi set de trabajo. En la parte inferior de la guata del caballo, había una argolla especial que permitía que la cuerda se ajustara y se soltara fácilmente.

El caballo se echó hacia atrás con fuerza y sintió el apretón. Inmediatamente volvió hacia adelante y la cuerda cedió. Lo intentó por segunda vez y se repitió el proceso. Entonces sucedió lo que yo había estado esperando, y que para todos los demás fue asombroso, un milagro. El caballo se quedó quieto junto al poste, sin tirar hacia atrás.

Usando una fusta de adiestramiento, con delicadeza y un profundo respeto, comencé a tocar al caballo, observando sus tiempos y su sensibilidad. Estuvimos un rato en este conocernos mutuamente hasta que permitió que mi mano sustituyera a la fusta y lo tocara directamente. Temblaba y roncaba, pero no se movía del lugar. Le hice algunos masajes en el cuello, lo recorrí entero con las manos, y cuando estuve segura de que habíamos llegado a un acuerdo básico de no agresión, le saqué la cuerda de la cincha, lo desaté del poste y lo mantuve sujeto con el cabestro largo.

El caballo salió caminando a cierta distancia de mí, pero sin tratar de arrancarse. Hicimos algunos ejercicios circulares y para terminar me acerqué por el lado, observando cada señal, hasta que le hice cariño y di por terminada la sesión. Nuestras respiraciones agitadas se habían armonizado.

Fue un momento mágico. El silencio se interrumpió con un aplauso de alguien a la distancia. Era el capataz del campo, un hombre mayor cuya vida había transcurrido alrededor de los caballos. Me dijo algo que para mí resultó valioso y lo aprecié con toda la humildad que le queda a uno cuando ha sido arrastrado por el piso y no se distingue ninguna facción detrás de la tierra que le cubre la cara: no creí a que mi edad iba a aprender algo nuevo de caballos y mucho menos de una mujer. La felicito y espero que me explique bien todo el proceso para poder hacerlo así de ahora en adelante.

Mientras alguien se llevaba al caballo, me contó que habitualmente usaban el poste, pero de otra forma muy diferente. Tomaban a un caballo nuevo, le ponían un saco en la cabeza que le cerraban para que no se lo pudiera sacar. Luego arrastraban al caballo al poste y lo amarraban de la jáquima y lo dejaban ahí por un par de días, hasta que el caballo se

“entregaba”.

La historia me dolió mucho. Sentí el dolor de muchos caballos que habían pasado por semejante tortura y me resultó contradictorio que yo hubiese usado el mismo medio, el poste, para establecer la primera forma de conexión y comunicación con el Talibán.

El principio que hay detrás del poste no es quebrar la voluntad del caballo, sino reeducar un instinto natural de huida. El caballo busca la salida al echarse para atrás, pero al no encontrarla, vuelve adelante y encuentra alivio. El caballo asocia que echarse para atrás le duele y no es una opción, por eso se queda junto al poste y acepta el acercamiento. Usado por personas que no conocen bien el método o con objetivos inadecuados, el poste puede ser una herramienta de abuso y tortura tan reprochable como el saco en la cabeza. En esta forma de entrenamiento, lo más importante es la actitud y la intención del entrenador.

Yo uso el poste cuando un caballo no ha sido entrenado para cabestrear, para enseñarle a quedarse atado sin echarse para atrás, para desensibilizarlo frente a bolsas y ruidos, para que dé las patas, para corregir vicios en caballos pateadores, para introducirle la montura, y mucho más. Es una herramienta muy potente pero que requiere sensibilidad y máximo respeto hacia el caballo en cuanto a la forma y los tiempos en que se usa.

Volví a la casa de mis amigos irreconocible pero feliz. El almuerzo dio para mucha conversación y mucha satisfacción compartida.

Acordamos que mantendrían una rutina de pasear a los caballos para prepararlos para el siguiente paso que era subirse a un camión y viajar a Santiago. De acuerdo con lo que me informaron, no hubo inconvenientes y yo los esperé en el club que me arrendó pesebreras para la etapa de amansa.

Llegaron entrada la tarde. Bajaron sin problemas. El Barbecho no puso ninguna resistencia para entrar a la pesebrera, donde le habíamos preparado una buena ración de comida y agua fresca. El Talibán roncó frente a la puerta y al espacio cerrado. Después de algunas dudas entró, pero una vez que cerramos la puerta, el caballo se desesperó y antes que pudiéramos abrirla de nuevo, saltó por sobre la madera y quedó atascado sobre el borde superior. Me angustié pensando que el caballo se había lesionado seriamente, pero con ayuda del encargado lo bajamos y no pareció tener ninguna herida, aunque seguramente se sentía machucado. Aprendió que la pesebrera era un lugar peligroso que había que evitar a toda costa.

Lo caminé un rato para que se tranquilizara. El tiempo iba pasando. Los otros caballos ya estaban guardados y comiendo, listos para pasar la

noche. Me asignaron una pesebrera que tenía una protección de hierro sobre la puerta, de modo que hacía imposible ningún intento de escaparse o saltar por ahí. Probé varias veces ingresar con él, pero el Talibán se resistía a entrar. Intentamos diferentes tácticas, como dejarlo solo, mostrarle comida, cerrarle el paso, en fin, todo lo que se nos ocurrió. La noche estaba llegando y no había manera de hacer que el caballo entrara en la pesebrera. El encargado me miraba con preocupación. No se puede quedar afuera, me aclaró, si no entra ahora se lo tendrá que llevar. ¿Llevar?, pero adónde...

Respiré hondo, intentado escuchar alguna idea que viniera de otro mundo, y lo único que pude visualizar parecía una locura, pero se me habían acabado las opciones y decidí intentarlo.

Voy a confiar en ti, le dije, voy a confiarte mi integridad física y espero que entiendas que lamento haberte cambiado tus condiciones de vida. Sé que tú quieres volver a tu libertad, pero ahora no tenemos más opción. Hoy tienes que entrar allí y quedarte toda la noche. Si mañana el asunto es insoportable, bueno, a lo mejor te devuelvo a tu casa, pero hoy no puedo, hoy tienes que entrar.

Y según decía esto, ingresé a la pesebrera y me acuclillé contra el muro del fondo. Era un espacio de 3 x 2 metros, donde había un balde con agua y una buena porción de alfalfa en un recipiente de madera. Esperé. El caballo estaba detenido en el umbral. Me miraba, olía el interior de la pesebrera, bajaba la cabeza, roncaba, daba unos pasos para atrás y para adelante, pero no entraba. Yo esperaba con un gran miedo de que decidiera saltar y me cayera encima, que se asustara y me pateara, porque no tenía cómo protegerme en un espacio tan reducido. Pasó mucho tiempo (afuera había oscurecido y sólo quedábamos el nochero y yo) y yo hacía esfuerzos sobrehumanos por no perder la esperanza. Finalmente, el caballo dio un paso y luego otro, y entró. No lo hizo en forma abrupta, sino con cuidado y creo que con mucho temor. Se acercó y me rozó levemente con el hocico. Lloré de emoción. Ambos habíamos hecho un enorme acto de confianza y un enorme acto de coraje. Creo que supe entonces que nunca podría alejarme de ese caballo, que había llegado a mi vida por algún motivo y que el viaje juntos recién comenzaba. Pero fue un conocimiento que me estremeció en un plano no consciente, porque aún no había llegado el momento, porque yo todavía no entendía qué constituía la verdadera congruencia, yo todavía pensaba en términos de liderazgo y entrenamiento, yo todavía no estaba preparada para esa relación.

### *LA PRIMERA MONTA*

Los días que se sucedieron confirmaron lo que el caballo había mostrado desde un principio. Talibán era un líder con una sensibilidad extraordinaria, un enorme sentido de sí mismo (aunque algunos piensen

que esto sólo les ocurre a los humanos), y una determinación a prueba de cualquier desafío. Pero al mismo tiempo, podía leer a otro con una mirada, en cuanto a su integridad, a su confiabilidad y a su intención.

Y así pasamos varios días midiéndonos mutuamente. Yo intentaba dar con el tono justo en cuanto a la cantidad de energía que usaba con él y él calculaba minuciosamente cada centímetro de terreno que iba cediendo ante mí. Varias veces tuvimos que volver a empezar desde cero, porque las equivocaciones con el Talibán se pagaban de una sola vez. Supongo que habiendo nacido con estas características y habiendo ejercido el liderazgo de su manada durante tanto tiempo, no estaba dispuesto a ceder su capacidad de decidir y su supervivencia sin estar completamente seguro de que el otro, que en este caso era yo, tenía lo que se requería para el cargo.

Todavía no era capaz de entender lo que realmente estaba ocurriendo en ese encuentro. Sin ser consciente, estaba inmersa en una escuela muy especial cuya única asignatura era *Aprender a ser humano* y el alumno nunca fue el caballo. El Talibán no necesitaba asistir a un curso ni someterse a ninguno de los sacrificios a los que se sometió por mí.

A pesar de la nebulosa que envolvía el verdadero propósito de la aventura, comencé a encontrar similitudes entre su vida y la mía, entre sus actitudes y mis actitudes. Su mirada exigía una mirada íntegra en respuesta, porque él era cien por ciento caballo y esperaba que yo fuera cien por ciento humana. De a poco fui descubriendo la necesidad de conectarme con mis emociones y con mi parte animal.

Afortunadamente para mí, los caballos son compasivos y saben perdonar nuestros errores, aunque se repitan mil veces. Mi credibilidad tiene grietas por las que se cuele el ego y el miedo y mi juez interno no está dispuesto a silenciarse cuando lleva una vida hablando fuerte y claro y haciéndose escuchar. Pero, aunque no fui capaz de darme cuenta entonces, el Talibán había llegado a mi vida para acompañarme en este camino de quedarse en el presente y aprender a leer la vida en lugar de juzgarla.

Una mañana llegué al centro ecuestre y cuando fui a buscarlo para hacerle aseo y comenzar la sesión, me miró diferente. Yo no sabía entonces que los caballos podían comunicarnos ideas, conceptos, pero supe con claridad que ese día era el día en que el Talibán me permitiría subirme sobre su lomo. Y así fue, le puse la montura como otros días y renové mi compromiso de coraje mientras colocaba el pie sobre el estribo y cargaba mi peso. Luego, sin pensar ni calcular consecuencias, con la convicción de que ése era nuestro momento, pasé mi pierna sobre su grupa y me subí. El caballo caminó hacia delante relajado.

Tengo que acotar que el trabajo no lo realicé sola, me ayudaron personas

con mucho talento.

### *CAMBIO DE RUMBO*

Pasaron un par de meses. Barbecho y Talibán vivían por aquel entonces en la Escuela Militar, mientras terminaba su período de amansa y entrenamiento básico de salto y adiestramiento. Una mañana de julio fui con mis dos hijas a montar los caballos. Estaban reservados para dos niños que hacían equitación y que vendrían a montarlos un par de días después. Los caballos estaban mansos y saltaban muy bien.

Aquel día el club permanecía cerrado, pero a mí se me permitía mover los caballos para que no perdieran la rutina que todavía era muy incipiente. El picadero cerrado estaba ocupado. El picadero al aire libre nunca me había gustado. Queda hundido y con paredes muy bajas, a la vez que está muy expuesto a lo que ocurre afuera. No son pocos los jinetes que han terminado en el suelo cuando sus caballos se han asustado con algo que baja del cerro o que aparece desde la calle.

Mi hija menor, que entonces tenía 9 años, iba a montar al Barbecho. La intuición me avisó que tomara medidas extraordinarias de seguridad, y la clase la realizamos enteramente a la cuerda. Cuando ya habíamos terminado, el caballo se veía relajado. Ella me pidió que la soltara para pasearlo un rato a rienda suelta. Accedí de mala gana, algo en mi estómago me decía que era mala idea, pero accedí de todas maneras.

Y ocurrió lo que venía anunciándose desde la mañana. Un pelotón vestido en tenuta de campaña apareció en lo alto del cerro que está al norte del picadero, cantando y trotando al ritmo de su música. El caballo se espantó y en cosa de segundos vi a mi hija galopando hacia el muro, con las riendas sueltas, al caballo saltar hacia afuera, mientras yo corría desde la otra esquina del picadero. El caballo se encontró con la tierra antes de lo esperado y se resbaló en el barro producto de lluvias intensas. Mi hija cayó sobre una lápida del cementerio de caballos y se fracturó el fémur.

De más está decir que me quería morir. Que maldije la hora en que había decidido amansar un caballo. Que dudé de todo lo que hasta hacía unas horas estaba tan orgullosa y dispuesta a defender a todo evento. Mientras íbamos en la ambulancia, mi hija estaba tranquila con la pierna inmovilizada por los enfermeros de la Escuela y aparentemente sin dolor. Primero le dijo al conductor que no se preocupara, que estaba bien, que se tomara su tiempo para llegar a la clínica y luego me miró profundo y me hizo prometer que no abandonaría lo que hacía, que esto había sido un accidente y añadió, "mejor que me haya pasado a mí y no a unos niños que no conoces, mamá."

Su historia de recuperación da para otra historia, de modo que lo dejo

hasta acá.

En los meses que siguieron tuve que dedicarme cien por ciento a mi hija. Enseguida se me presentó el dilema de qué hacer con los caballos. Estaba claro que no los podía vender en esas circunstancias y tampoco los podía mantener en la Escuela sin entrenamiento. Los mandé al campo y postergué la decisión, tanto de su destino como del mío.

Cuando me volví a encontrar con los caballos, mis sentimientos eran encontrados. Al Barbecho le tenía bronca, aunque en rigor de verdad el error había sido mío. Revisando las notas sobre su amansa (mantengo un diario detallado de cada caballo) encontré una anotación sobre una reacción explosiva que había ocurrido en otra ocasión. El caballo era dócil y con muy buena boca, de modo que no había sido difícil de manejar. En lugar de corregir el problema me contenté con controlarlo, sin prever que algún día podía estar sobre el caballo alguien sin las destrezas necesarias para hacerlo. Fue un aprendizaje duro, pero que me enseñó mucho sobre lo imprevisibles que son los caballos y sobre no olvidar que hasta el caballo más manso tiene un caballo salvaje escondido en su interior.

Pasó cerca de un año, donde los caballos permanecieron en el campo. En esa época comencé un proyecto de abrir un centro ecuestre en la precordillera de Santiago y cuando se concretó me traje a los caballos.

El Barbecho no sirvió para las clases. Mostraba resistencia a la rutina con niños y terminé vendiéndolo a un huaso que lo quería para el rodeo. Vaya una ironía, todo el trabajo y el esfuerzo para terminar en el mismo lugar a donde estaban destinados en un principio.

Debo decir que antes de que esto sucediera, el día de la inauguración del club, frente a mucha gente y a algunos medios de prensa, mi hija dio una muestra de arte y coraje. Me pidió hacer ella la demostración de amansa con el Barbecho. Entró al corral redondo con el caballo muy nervioso; mantenía la cabeza alta y bufaba al ver tanta gente y cámaras a su alrededor. Estuve a punto de intervenir, temerosa de que el caballo pudiera explotar y volver a dañar a mi hija. Pero ella se mantuvo serena, tranquila y segura y dio una exhibición de artes ecuestres, con el caballo obedeciendo a sus órdenes sutiles y elegantes, terminando con la total sumisión del Barbecho, una gran sonrisa en la cara de ella y un aplauso potente del público. Luego lo montaría y lo saltaría en muchas ocasiones. Como epílogo de este entre paréntesis, mi hija está montando otra vez, feliz y confiada, y su pierna a pesar de lo grave de la fractura no le dejó ninguna secuela. Desde aquí mi más profundo agradecimiento a todos los que nos ayudaron en aquellos difíciles días, cada uno con su don, como una magnífica manada de caballos.

En cuanto al Talibán, su espíritu indómito lo hacía inadecuado para las clases, de modo que decidí dejarlo para mí. No sabía que estaba por

comenzar nuestra verdadera historia juntos.

### *CONSTRUYENDO VALENTÍA*

Las primeras veces que salí con el Talibán al cerro noté que se mostraba temeroso ante algunas cosas como piedras grandes o maquinaria detenida en el camino, a pesar de que había pasado más de un año desde su amansa. Tenía mis sospechas acerca de que lo hubieran *corrido a la chilena* (carrera típica chilena, donde compiten dos jinetes montados a pelo en un tramo recto) o en la medialuna durante un tiempo en que le pagué a un huaso del campo para que me lo moviera. Estaba más reactivo a la presencia humana y se asustaba con los movimientos de la mano cerca de su cabeza.

Lamenté haberlo entregado a manos brucas, pero durante ese año no había podido pensar en mucho más que en acompañar a mi hija en su lenta y larga recuperación. Recién ahora me daba cuenta de que el Talibán había estado sometido a un estrés que no era parte de lo que nos prometimos mutuamente en los inicios de nuestra relación.

Sin poder cambiar el pasado, me propuse cuidarlo y darle la mejor vida de la que fuera capaz de ese día en adelante. El plan original de que viajara a París convertido en un pony de salto había quedado en el olvido, de modo que las exigencias de sofisticados entrenamientos ya no fueron necesarias y también pasaron a segundo plano.

Comencé una etapa de reacondicionamiento del caballo, con subidas al cerro y trabajo en el picadero. Conocía su especial sensibilidad. Todavía recordaba nuestros primeros encuentros y tomé la decisión de no escuchar otros consejos y de no caer en la tentación de "hacer lo que hay que hacer" con él. Cuando estábamos en terreno y algo lo ponía tenso, me desconectaba de la cabeza y me disponía a escucharlo, con todo el cuerpo, con todo el corazón, a sentir lo que él sentía. Dejaba que fuera el mismo Talibán el que me hiciera saber cuándo era suficiente, cuándo no era capaz de superar el obstáculo, sin importar lo grande o pequeño que éste fuera. Allí comenzaron las críticas a mi método. "Va a echar a perder el caballo", era lo menos que me decían. "No puede dejar que haga lo que quiera, métale un buen talonazo y que pase por donde tiene que pasar, patrona, que así se hacen las cosas".

Sé que los caballos prueban a los jinetes y que hay que mostrar cierta firmeza y decisión en momentos así, pero también sabía que el Talibán era diferente. Ciertas circunstancias lo inundaban emocionalmente y entonces se bloqueaba, se iba a negro. Yo podía sentirlo bajo mi cuerpo. Entonces decidí seguir mi instinto y fui agudizando mi escucha al máximo. Justo un segundo antes de que el caballo se bloqueara, yo evadía el obstáculo, pasaba por el lado o simplemente daba media vuelta y me

alejaba.

El método probó ser el adecuado. En poco tiempo los episodios de miedo y tensión comenzaron a distanciarse hasta que un día el caballo comenzó a pasar sin dudar por cualquier parte. Se construyó una confianza mutua basada en el respeto. Yo sufro de vértigo. Los senderos estrechos con acantilados me dan ganas de vomitar, sin embargo, con el Talibán subo cerro arriba con los ojos cerrados.

Desde un principio el caballo dejó claro que no era ni sería caballo de cualquier jinete. Conmigo se portaba manso y tranquilo, pero se subían otros y se encabritaba. Reconozco que me gustaba la sensación de ser elegida por el Talibán, lo sentía como un honor.

Por aquel entonces recién descubrí que el caballo tenía cosas que enseñarme a mí. En realidad, todo y siempre se trató de lo que yo tenía que aprender. Lo que el Talibán hizo para lograr ese cometido fue adaptarse a las mil y una dificultades en que lo puse, para finalmente entender que se trataba de mí, siempre se trató de lo que yo había olvidado, de recuperar las herramientas que me habían castrado durante mi socialización, del proceso de sobre adaptación al que yo misma me había rendido. Recién entonces comencé a descubrir la diferencia entre someterse voluntariamente a un bien y hacer algo por obligación o creencia.

Una tarde de los primeros días de primavera, paseaba por la ladera de la quebrada de Macul, admirando la explosión de flores y aromas que habían surgido de un momento a otro. Era un espectáculo. Sin motivo aparente, un pensamiento se me instaló en la mente o tal vez en el corazón, no estoy segura. Me vi a mí misma frente a ciertas situaciones de mi vida, en las manos un par de espuelas afiladas, clavándome para seguir, ignorando mis señales de alarma y mi miedo, obligándome a continuar porque *es lo que hay que hacer*. Entonces, como si despertara de un sueño, sentí al caballo que me miraba y que tocaba mi pierna con sus labios, como llamando mi atención. Me sonreí. "Vaya contigo, chico, le dije. ¿Ahora eres tú el que me entrena a crecer en valentía, a respetar mis tiempos y mis limitaciones? Yo también puedo hacerle el quite a ciertas cosas que me superan, claro que sí, no importa lo que digan los otros, tienes razón". Lo abracé emocionada y recordé las palabras de mi mentor en el tema de los caballos, Stan Allen, "la única forma de mostrar coraje es frente al miedo", porque no se nace valiente, se construye la valentía con respeto por uno mismo. Volví al club sintiéndome más liviana y más sólida.

### *DE CABALLO A CHAMÁN*

Comenzaron a llegar los clientes. Humanos que traían a sus caballos por diferentes motivos con la esperanza de que los sanara. Hacía mucho que yo había entendido que el problema no lo tenían los caballos, sino que los

humanos que trataban con ellos. Y también, que era una presunción gigante pensar que uno tenía la capacidad de sanar a un caballo. Creo que, en esas sesiones, si bien los caballos volvían a un equilibrio que dejaba contento a todo el mundo, yo me miré al espejo una y mil veces y descubrí máscaras e incongruencias que ni siquiera imaginé que habitaban dentro mío y me dejé llevar por cada caballo hacia nuevos equilibrios.

Establecí como condición para trabajar un caballo que el dueño o quién lo cuidaba asistiera al menos a un par de sesiones, para entender el método, para aprender las maneras no violentas de solucionar los problemas, y para establecer una forma de comunicación clara y concreta con el caballo, tanto para pedirle las cosas que se esperaban de él, como para escuchar lo que el caballo tenía que decir al respecto. En un principio la idea causó un poco de resistencia, pero la condición en sí fue un colador para que finalmente llegaran los que tenían que llegar.

Bueno, y como era obvio esperar, sin mediar mi consentimiento ni mi intención, comenzó la aventura de tender puentes entre humanos y caballos, para aprender a vivir en el presente y a leer la vida en vez de juzgarla.

En los cursos de psicología equina que impartía, en la primera sesión surgían declaraciones de los participantes que pertenecían más bien al ámbito de la psicoterapia o como mínimo a un curso de desarrollo personal, pero que parecían foráneas en una clase de etología de caballos, donde se estudia su comportamiento y sus características. Yo observaba estas dinámicas con curiosidad y las consideraba como un resultado colateral.

El Talibán tuvo mucho que ver en todo lo que vino después.

Mientras me debatía en si seguir este camino de *Desarrollo personal con asistencia de caballos*, que se me presentaba luminoso y sin obstáculos, llegaron a mi vida un grupo de pacientes esquizofrénicos que compartieron su mirada y sus dones durante un período de tres meses, y que me abrieron los ojos a dimensiones de comunicación con los animales que yo consideraba impensables. Con ellos presencié la capacidad de comunicar información concreta y verificable que tienen los caballos, y la capacidad de escucha y de aceptación de éstas que mostraron los pacientes con esquizofrenia. Esas sesiones me dejaron con el alma encogida de emoción y con el deseo profundo de poder participar de esa magia. Su historia fue la razón de que yo me permitiera la experiencia con el Talibán que les narro a continuación.

En una de las sesiones, los pacientes esquizofrénicos me habían revelado cómo recibían la información específica que me narraban: se podía escuchar a un caballo no sólo en su cuerpo, sino también a través de imágenes que los caballos nos enviaban al corazón. Me lo demostraron

con diferentes caballos y con detalles únicos de su vida que ellos no tenían cómo saber, de modo que no pude negarme ante la evidencia. No lo entendía, me parecía increíble, no había ningún estudio que lo avalara, pero estaba ocurriendo frente a mis ojos. Me quedé pegada con la idea, sólo quería experimentarla con el Talibán lo antes posible.

Atardecía en Santiago. El sol iluminaba la nieve de la cordillera y la temperatura invitaba a sentarse en cualquier roquerío, a mirar. Los pájaros habían silenciado su canto y sólo se escuchaba el crujir en las bocas de los caballos masticando su ración de pasto. La frescura llegaba impregnada de olor a eucalipto y alfalfa mojada.

Hacía rato que debía de haberme marchado a mi casa, pero dilataba ese momento lo más posible. Patricio, el administrador del club, me observaba en silencio, a la distancia, esperando alguna señal, alguna indicación, pero yo sólo estaba allí sentada mirando.

Talibán también me observaba desde un rincón del potrero. Había dejado su ración a medias, y las voces del día me acompañaban como niños jugando alrededor a quienes no se les presta importancia, pero que están ahí: "no le gustó el olor", "es que es muy sensible", "lo tendrá que comer no más porque no hay otra cosa", "así será". A diferencia de otros días Talibán no parecía interesado en mostrar quién mandaba en la manada. Tampoco parecía querer apropiarse de las raciones de los otros caballos.

A esa hora los reunían a todos juntos en el corral de guarda para pasar la noche. Primero amarrados uno al lado del otro, respetando rango y amistades, "para que cada uno coma lo suyo y no se nos adelgacen los más sumisos". Y después de un largo rato de masticar y masticar, los soltaban para que caminaran y se prepararan para la noche.

Una que otra carrera por aquí y una echada de orejas hacia atrás por allá y las cosas se habían calmado. Ahora se entretenían en mordisquear lo que había quedado abandonado en el suelo, más por hacer algo que por hambre.

-¿Sabía usted que los caballos comen, mastican como veinte horas al día y sólo duermen cuatro?, dije en voz alta.

-¿Tanto así?, respondió Patricio. Era un diálogo antiguo y conocido.

Talibán me observaba.

-¿Le parece si lo llevo a dar una vuelta corta antes de irme?

Yo miraba al Talibán.

-Me gustaría estar un rato a solas con él.

-Como usted quiera, yo no tengo problema. Tómese su tiempo. Me avisa cuando se vaya a ir para cerrar el portón.

Entré al corral con una jáquima en la mano y me detuve como a unos diez metros del caballo. Los otros se hicieron a un lado. "Ven", dije con un gesto de la mano. El caballo me miró y comenzó a caminar hacia donde me encontraba.

No estaba segura de lo que estaba haciendo.

Aquel día había llegado abatida y confundida. Sabía exactamente qué me tenía así pero no me decidía a hacer nada al respecto. O más bien, había hecho varias cosas y todas habían dado el mismo resultado, ninguno.

No quise montar ni trabajar los caballos y sólo me senté a dejar que el tiempo pasara. Así me pilló el atardecer. Ahora caminaba con mi caballo en dirección a ninguna parte, sólo quería estar con él haciendo nada en aquella tarde cálida, un regalo en pleno invierno.

Me interné por un sendero estrecho, dentro de la propiedad, pero a resguardo de las miradas de cualquiera que anduviera cerca. Un grupo de eucaliptos enormes había formado un círculo, que ocultaba un espacio de tierra de hojas y sobre el cual se dejaban caer algunos rayos de luz. Me sentí atraída por el perfume y el silencio y me senté en el suelo mojado. Enseguida se me apareció mi juez interno con un pensamiento de reproche ante semejante idea. Mojarse justo a esta hora de la tarde, cuando el frío aparecería en cualquier momento y debajo de los árboles que de por sí enfrían el ambiente. Todo el día sin hacer nada como si eso fuera lo adecuado para alguien como yo, que debería producir algo de dinero con tanta inversión de plata y tiempo.

Miré al caballo quien también estaba detenido sin otro propósito que estar allí conmigo. Solté la cuerda y me acurruqué sobre mis rodillas flectadas.

Entonces sentí el primer contacto.

El caballo había acercado el hocico a mi cara y me tocaba apenas con los bigotes que salían de sus labios, con una delicadeza que no recordaba haber experimentado antes. El cosquilleo me hizo encogerme. Mi cuerpo dejó escapar un pequeño estremecimiento y el caballo se inquietó, alejándose unos pasos. "No, no pares, por favor sigue". El caballo me miró un momento y regresó a mi lado.

-¿Cómo será esto de ser caballo? ¿Cómo se sentirá sólo estar aquí y ahora, completamente inmersos en el presente, sin futuro y con un pasado que sólo es un recuerdo para la sabiduría?

El caballo se había detenido casi al momento en que formulé la pregunta en voz alta, que más que pregunta era un anhelo.

Talibán volvió a acercar su hocico y esta vez comenzó a recorrerme entera, sin olvidar ningún rincón de mi cuerpo torcido, traspasando las capas de ropa, transmitiendo un calorcito especial a través de sus ollares abiertos y móviles. Cuando llegó a la cabeza se detuvo. Emitió algo parecido a un ronquido. Continuó buscando hasta dar con mi pecho. Se encontraba parado detrás de mí. Metió la cabeza por entre los brazos, ahuecando un espacio, y entonces hizo lo que hizo, me dio un gran y prolongado abrazo.

Me sorprendí con la actitud del caballo habitualmente independiente y algo temeroso. Tuve la tentación de ponerme de pie y marcharme, claramente presa de alguna de las múltiples desconfianzas que me han habitado desde la infancia, de la disciplina y los intentos por mantener forma de control, y dudosa de entregarme a la situación desconocida en que me encontraba o más bien en la que me había puesto mi caballo. Pero entonces sucedió lo inimaginable. No estoy segura de poder describirlo adecuadamente, pero la única forma que se me ocurre expresarlo es que de pronto pasé a otra dimensión, a otro estado de conciencia, uno en que me sentí parte de algo más, de un todo inmenso y pacífico, acompañada todo el tiempo por la mirada atenta del Talibán.

El tiempo no tiene cabida en este tipo de experiencias, pero lo que sí puedo decir es que creo que el caballo me regaló un rato de experimentar cómo se vive confiando completamente en el universo, completamente entregado a la vida y a sus sorpresas, completamente en el presente.

El crujir de una rama me trajo de vuelta. Patricio me miraba sonriendo. No dijo mucho, no sé cuánto tiempo estuvo allí, pero su comentario final cuando me subía al auto para marcharme fue, "ese caballo no es como los demás, es como si fuera más que un caballo". "Es completamente caballo", le respondí, "eso es lo magnífico de su naturaleza".

Mientras conducía de regreso a la casa no pude recordar lo que me tenía abrumada aquella mañana. El equilibrio había vuelto a mi corazón y la experiencia vivida momentos atrás me había inundado todos los espacios de sentir y de pensar. Era como si hubiese estado en el cielo y me entraron muchas ganas de volver a ese lugar y quedarme allí para siempre.

A la mañana siguiente, Patricio me esperaba en la entrada de la oficina con todo el cuerpo anunciando que quería que le hablara de lo que había

ocurrido la tarde anterior.

-Mire, yo soy un bruto que lo único que quiere es que el sol salga en la mañana y que se ponga en la tarde, con eso me conformo, no quiero ni pido más. Yo no siento nada y así todo está bien.

Lo dijo como una declaración de principios. Le sonreí esperando a ver por dónde iba a saltar la liebre. Pero no dijo nada más. El asunto pudo haber terminado ahí, pero sentí que aquello tenía un propósito superior, que debía escuchar entre líneas. Le propuse que me sirviera de conejillo de indias.

-¿Le importaría entrar al corral y hacer lo que le voy a pedir?

Supongo que se lo tomó como parte de la tarea algo extraña en la que se encontraba envuelto desde que trabajaba conmigo.

Patricio conducía al Talibán. Ambos entraron y cerré la puerta. El corral estaba cubierto por una gran lona verde que le daba identidad de domo acogedor y contenido. Lo invité a sentarse en un piso que había dejado en medio de la arena con ese propósito. Le indiqué que se relajara, que intentara no pensar en nada, que si aparecían pensamientos los dejara pasar, no se entretuviese con ellos, que intentara llegar al silencio total de la mente. Sonrió y dijo, "yo no creo en nada de estas cosas, le digo, conmigo no le va a resultar ninguna cuestión". "De acuerdo, le respondí, pero si le sirve de consuelo no tengo ninguna intención ni propósito, sólo quiero ver qué pasa si uno deja que ocurra lo que tenga que ocurrir entre usted y el Talibán, sin agenda previa, ¿le parece?"

Y me senté a mirar y a observar. El caballo dio un par de vueltas y luego fijó su atención en Patricio. Llevaba una boina que lo hacía sentirse más cerca de su tierra sureña, creo, porque no se la sacaba en ninguna circunstancia. Talibán se arrimó por detrás de Patricio y acercó el hocico a la nuca del hombre. Entonces comenzó a respirar sobre esa zona, inhalando y exhalando en forma ruidosa, varias veces, para luego subir hacia la parte superior de la cabeza, tocarla con intención y propósito, y luego volver al cuello de Patricio para volver a empezar. A mí aquello me pareció extraño. Patricio se mantenía en silencio, pero algo en su cuerpo cambió, se relajó, los hombros bajaron un poco y aunque no podía ver su rostro creo que lloraba.

Después de un rato, el caballo pareció dar por terminado su ritual y de un gesto rápido le sacó la boina a Patricio y la lanzó lejos. Los dos nos sorprendimos. Luego, como si ya no le interesara ni Patricio ni la experiencia, se distrajo mirando hacia afuera.

-Póngale la jácquima y vamos a la oficina, dije.

Pero antes de que pudiera acercarse, el caballo caminó hacia él.

-Lo voy a llevar así no más, me dijo.

Yo asentí. Hombre y caballo salieron del domo de techo verde, caminando al compás, coordinados en los pasos y en la respiración.

-¿Sabe?, dijo Patricio de pronto, lo que acaba de pasar allí adentro no me lo imaginé en todos mis sueños. Si esto le pasa a un huaso bruto como yo, entonces mucha gente se puede sanar con este método. Se lo digo yo, tenemos que dejar que mucha gente venga a sanarse.

Yo estaba sorprendida del tono y del contenido de la conversación. Esperaba que me contara voluntariamente lo que había pasado, porque yo había visto lo que el caballo había hecho, pero no sabía qué significado profundo había tenido para Patricio que lo habían hecho cambiar tan radicalmente de postura y discurso.

Entonces habló. Me contó que desde hacía años sufría de un dolor pesado en la nuca, que no se le pasaba. Que se despertaba y se acostaba con él. Que había visto muchos médicos, pero ninguno se lo había logrado quitar. Y que ahora se había ido, que ya no lo sentía, que el Talibán le había sanado de su dolor y que después de mucho tiempo se sentía bien.

Nos miramos largo, como compartiendo un momento tan extraordinario y mágico que cualquier palabra o comentario era una forma de profanación.

-Siga con esto, me dijo, siga con esto y cuente conmigo.

Cuento la historia después de mucho tiempo, cuando Patricio ya no trabaja conmigo y el club está en otras manos. Él elegía con mucho cuidado cuándo hablar de esa experiencia y espero que no se ofenda por haberla develado en estas páginas.

El Talibán vive ahora en el campo, donde realizo cursos para grupos de profesores de educación pública rural, de ésa que requiere vocación de la buena, y de coraje y determinación para no arrancar ante la realidad. También recibimos a niños abusados y abandonados, y los caballos les devuelven en un tiempo sin tiempo la dignidad de ser quienes son, convirtiéndolos de un plumazo en protagonistas de sus vidas.

La ciencia avanza para probar que la química que se genera en las tripas tiene la capacidad de cambiar la percepción que uno tiene de sí mismo y de su entorno, al interior del cerebro. Es un viaje sin escalas, desde los intestinos hasta las neuronas, que cambia la vida para siempre. Y en ese viaje, yo doy fe que los caballos tienen la capacidad de tocar el alma y

activar nuestro laboratorio interior, para que envíe un chorro de química de la buena y dejemos la actitud víctima para comenzar a hacernos cargo de nosotros mismos y de nuestra comodidad biológica.

En la manada, el Talibán es quien elige a sus alumnos y estoy segura de que, si les diera tribuna, se llenarían muchas páginas con las experiencias que cada uno ha vivido con el caballo.

Para mí es mi compañero y espero compartir muchos años más con él.